

Monólogo de ‘El Babillo’



Fue hace siete años. En agosto de 2000 recibí una llamada de mi mayor en la que explicó sin rodeos la misión para la que me había elegido: infiltrarme entre la indigencia del Cartucho para dar con el paradero de unos capos que traficaban con armas para luego venderlas a grupos de paramilitares y de guerrilla.

¿Qué pensé? Nada. No tuve tiempo para pensar. Pasaron a recogerme en un carro blanco dos compañeros del Centro de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército. Eran como las 2:30 p.m. Comí en el camino hacia el centro todo lo que pude. No era difícil imaginar que pasaría hambre.

Íbamos rumbo al corazón del Cartucho, por el Bronx, bajando por la 19, entrando por la 13. Antes de que hicieran el parque del Tercer Milenio. En esa época apenas empezaban a tumbar todo ese infierno, a desalojar a la gente.

Cuando el carro se detuvo en un semáforo pensé en la aventura que comenzaba. El carro paró más adelante, a unas cuadras del Cartucho. El disfraz ya estaba escogido. Mis compañeros recogieron ropa en la calle y la pusieron ahí frente a mí. Me llegó un olor asqueroso, a pecueca, que salía de esos *jeans* azules y de aquel buzo manga larga con capota azul y un indio de Cleveland estampado en la espalda. Lo recuerdo todo muy claro. Me vestí con el *jean* roto en la pierna izquierda y el buzo con capota azul. Con carbón y betún me pintaron la cara para dar aspecto de suciedad. También traían una peluca muy sucia, desechable, con chicles enmarañados en los jirones de pelo, untada de boxer. Me calcé unas zapatillas marca *Converse*, de color rojo, muy rotas y deslenguadas. Para que no se me cayeran los pantalones los sujeté con una cabuya y me abrigué con una chaqueta despedazada.

▷▷ * Estudiante del colegio Valles de Cafam, Usme.
Taller de La Marichuela.

No me reconocí al verme en una vitrina. Era otro yo. Unos graffitis vulgares por todas las paredes saludaban y daban la bienvenida a aquel mundo. La primera persona con la que hablé fue un niño no mayor de 12 años. Lo saludé y me invitó a su cambuche. Ya oscurecía y me ofreció un vaso de agua caliente. No tenía más nada que ofrecerme. Comenzaba a entender como era la vida de un indigente.

Busqué un lugarcito donde recostarme. El mal olor y el frío reinaban; era espantoso. Dormí sobre un cartón que encontré tirado y sentía cómo pasaban las ratas por encima. Eso fue aterrador. Pero psicológicamente no debía perder el control, porque para ellos las ratas son parte del paisaje, así que podían descubrirme si me asustaba.

Al amanecer salí a caminar, debía entrar en contacto con el grupo que traficaba armas lo antes posible. Entonces apareció un "parche". El "parche" uno se lo gana con inteligencia. La cosa comienza con una invitación a probar vicio. Nunca había probado la dichosa marihuana así que el temor era volverme drogadicto, porque uno escucha que por consumirla dos o tres veces puede caer. Cuando me pasaron el bareto me atoré y a ellos se les hizo extraño. Pero lo controlé. Lo que uno siente con la marihuana no se puede describir y para entenderlo hay que probarla. Luego te invitan a robar.

—*Quiubo perro, ¿qué tal?*

—*¿Qué? bien o no? me va regalar la pata?*

—*¡Nos vamos a conseguir la liga!*

—*Quiubo, listo, pa' las que sea, qué como es...*

—*No, pues que vamos a ir a conseguirla.*

Entonces me pasaron una navaja y nos fuimos detrás de un señor.

—*¡Quiubo, cáigale a ese perro!, me dijo uno de los del parche, quítele lo que lleve.*

Les dije que mejor me acompañara, que entre dos era más fácil. Le "caímos" y le quitamos lo poco que llevaba. Todo lo que robé en esos días se lo entregaba a ellos, que me surtían de marihuana y bazuco. La verdad es que allí no hay grupos constituidos. Ellos son una sola familia y entre todos se cubren. Cuando pelean unos con otros es porque se "falsean el robo", que no son honestos al repartir el botín. Me tocó atracar. Uno tiene que demostrar eso para ganarse la confianza. En esas calles al que dé papayazo le caen entre dos o tres; los parches con los que anduve alcanzaron a apuñalar a dos personas.

Mi nombre era 'El Babillo'. Se me vino a la cabeza cuando entré al Cartucho y recordé una canción que sonaba en mi pueblo. La canción era sobre el barcino, pero yo era niño y cantaba 'El Babillo'. Allí nunca se llaman por el nombre sino por el alias.

Por las calles del Cartucho sólo veía gente inhalando bóxer, bazuco. Peleando unos con otros a cuchillo. La vida no vale mucho. Vi gente con heridas llenas de gusanos. Impresionante.

Al cuarto día llegué al sitio donde estaban los que vendían las armas. Tenía el perímetro en el que traficaban por información de inteligencia. Hablando con unos y otros di con el lugar. Fueron cuatro días en los que viví haciendo del cuerpo frente a la gente, con los ratones y las cucarachas pasando por encima y por debajo, comiendo pedazos de huesos de pollo sacados de bolsas negras. Recuerdo que al segundo día, un muchacho rompió una bolsa, sacó un pedazo de pan y me lo pasó. Me tocaba comer eso, ellos comían y decían: "*Tome, perro*", y pasaban un pedazo.

Yo iba preparado psicológicamente para eso. En el Ejército, desde que nos incorporamos nos enseñan que el que domina la mente domina el cuerpo. Cuando la mente piensa, el cuerpo no sufre. Todo está en la mente. Todo es psicológico.

En este mundo no hay nada imposible, sino personas incapaces, me decía mi abuelo, que murió hace ocho años. Según él, todos podemos hacer cualquier cosa, lo que pasa es que nos ponemos barreras y no hacemos sacrificios. En ese recuerdo encontré coraje y valentía.

Algún día estaré orgulloso de lo que soy. He estado en partes donde otros han evitado estar. Las armas se incautaron, pero son noticias que no salen al aire en los noticieros porque con tanta delincuencia no podemos darnos a conocer. Todo fue secreto. Se hizo una redada con DAS y SIJIN; se dieron de baja como 9 personas.

¿Lo primero que hice cuando salí del Cartucho? Correr a ducharme. Tardé como dos horas y vomité lo que no había vomitado. En ese momento me puse a pensar en lo que pasé esos cuatro días. Los especialistas del Ejército que me esperaban, tomaron pruebas de sangre y otros exámenes. También me esperaban unos psicólogos. Luego me dieron una medalla de honor por el valor.